



# AGNI INGA GANI

Josefina Aguilar



AGNI INGA GANI



Josefina Aguilar

# AGNI INGA GANI



ARS  POETICA



Josefina Aguilar

# AGNI INGA GANI

colección

| ARS NOVA |



*Agni Inga Gani*  
Josefina Aguilar

Colección: ARS NOVA

Dirección editorial: ILIA GALÁN

© 2018 Josefina Aguilar Recuenco  
© 2018 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S. L.  
[Sociedad editora]  
c/Palacio Valdés, 3-5, 1º C  
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)  
Tel. administración: (+34) 985 792 892  
Tel. pedidos: (+34) 984 701 911  
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1<sup>a</sup> edición: julio, 2018

ISBN (edición impresa): 978-84-948911-6-8  
ISBN (edición digital): 978-84-948911-7-5  
Depósito Legal: AS 02223-2018

Impreso en España  
Impreso por MQL

*Todos los derechos reservados.*

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

«El poema no se escribe, se alumbría.»

José Ángel Valente. *Cómo se pinta un dragón*



## MANTRA, MANDORLA, MANDALA

El poema-poemario orgánico *AGNI INGA GANI*, de Josefina Aguilar, se presenta con un título en forma de eufónico mantra anagramático, basado en el término sánscrito *agni*, que significa fuego y que representa a la divinidad de este elemento en el vedismo y en su consecuente hinduismo. Remite esta obra, pues, desde su antecomenzo, a la memoria de los albores reales y simbólicos de la humanidad, incrustada en las propias palabras rescatadas, como *agni*, emparentada con otros antiguos vocablos indoeuropeos, como el latino *ignis*, matriz del español ígneo, adjetivo desde luego muy adecuado al impulso vital de este libro.

Así, no es de extrañar que el Agni a la vez protector y destrutivo que en la India puede representarse con dos caras, imaginarse con un millón de ojos o dotarse de tres piernas y siete pares de brazos, prenda en «la más minúscula mujer / que no tiene boca» y reaparezca en una «mano derecha de siete brazos». Porque Agni, de cuyo cuerpo pueden emanar siete lenguas o rayos

de luz, parece presentarse desde el principio en la simbólica mandorla mística («Mantra en el óvalo de la luz»), a partir de la cual se constituye en mandala («Mantra en la diáspora de trazar los límites del fuego»).

Ahora bien, el mantra titular de Josefina Aguilar va más allá del mero uso empoderado de dicha palabra sánscrita, habitualmente referido a fórmulas lingüísticas o alingüísticas de efectivo valor espiritual, religioso o psicológico para comunidades o individuos. Al menos desde su aparición en el trimilenario *Rig-veda* de la India hasta su interpretación iluminativa en el budismo tibetano, el mantra, liberador de la mente (significado al que este término remite etimológicamente en sánscrito), puede recitarse, pero también escribirse, como hace aquí la poeta, para despejar todo lo negativo: «la naturaleza del fuego que en Agni es mordedura».

Porque como recuerdan el antropólogo y teólogo Jean Chevalier y el explorador de la Amazonia Alain Gheerbrant en su gran diccionario de los símbolos creados por la imaginación humana, con el mantra no se invoca ningún poder ajeno a quien lo utiliza, sino que con él solo se apela al propio corazón del individuo. De aquí que, basándose en el doble principio de no repetir ningún elemento y de no introducir ni un solo factor nuevo, se recurra al anagrama, es decir, a utilizar expresiones resultantes de la transposición de letras, como en la deriva harmónica *AGNI INGA GANI*, que representa, al igual que el fuego, la variedad en la unidad y la constancia en la transformación: «El fuego arde den-

tro de la llama». De algún modo, «Todos los fuegos el fuego», como tituló fractalmente Julio Cortázar uno de sus cuentos.

El fuego purificador e iluminista cristaliza en el citado «óvalo de la luz», equivalente a la mandorla latina que significa almendra y que suele designar en las lenguas romances la femenina aureola oval tan presente en el arte románico y bizantino para contener en su seno figuras sagradas. El poeta Juan Eduardo Cirlot explicó en su diccionario de símbolos la dualidad de esta figura almendrada, obtenida por dos círculos que se cortan representando materia y espíritu. Así lo comprenden también Chevalier y Gheerbrant: para quienes simboliza la superación del dualismo materia-espíritu, agua-fuego y cielo-tierra, en una unidad armoniosamente ensamblada. No es de extrañar que poemas de Celan o de Valente lleven precisamente el título de «Mandorla» en su búsqueda de la superación de las artificiales escisiones impuestas o autoimpuestas al ser humano.

Pero la disolución de las escisiones no es el fin sino el principio en poesía. Por eso, con su mantra y su mandorla, Josefina Aguilera construye su particular mandala, su representación simbólica espiritual e incluso ritual de esta intensa experiencia vital, tal como en el hinduismo y en el budismo se elaboran macrocosmos o microcosmos, habitualmente representados por círculos dentro de rectángulos o de cuadrados: «Los círculos de océanos giraban mi cabeza».

Se trata, pues, de representar el espacio sagrado en dichos círculos (círculo es precisamente el significado de mandala en

sánscrito), a la manera en que se hace a través del laberinto desde los antiguos griegos y celtas, de la mandorla en el románico y en el bizantino, del dédalo y del rosetón en el gótico o de la chakana en el mundo andino, pero también, como recuerda Cirlot, del horóscopo, del círculo zodiacal o incluso del reloj. Todas estas figuras mandálicas comparten la tendencia a las formas concéntricas respecto a un centro sugerido y no visible y a evocar en el perímetro del círculo el eterno retorno de los ciclos de la naturaleza: «Tú diagnosticabas el futuro de cada retorno». Carl Gustav Jung estudió los mandalas como probables manifestaciones del inconsciente colectivo, cuyo centro equivaldría al eje en el que el sujeto intenta aglutinar lo disperso y, por tanto, explicarse el mundo, pues, como vio desde otra ladera Mircea Eliade, el mandala puede ser objetiva *imago mundi* antes que mera proyección de la mente.

El marco del mandala que contiene este poemario de Josefina Aguilar es la *Upaniṣhad*, conjunto de más de 200 libros sagrados escritos durante milenios, a menudo atribuidos a avatares y a personajes de ficción del hinduismo védico, que imaginamos como resultado de experiencias místicas de ascetas o ermitaños vedantás retirados a la soledad de los bosques en busca de la autenticidad. Una de estas obras, *Katha Upanishad*, narra la historia de la visita a la morada de la Muerte, cuya divinidad es Yama, del heroico adolescente Nachiketa, quien se ofrece en sacrificio para alcanzar el perfecto proceder. Pese a la resistencia de la Muerte, quien le ofrece tres deseos, Nachiketa aprende humil-

demente de ella incluso a no morir y alcanza por tanto la absoluta plenitud tras superar el sacrificio del fuego y perseverar hasta el final en el afán de conocimiento. Es por todo esto que Josefina Aguilar escoge a Nachiketa como una de las voces y de las presencias más constantes de *AGNI INGA GANI*: «Nachiketa ama tu borde con perfume de límite».

Pero si este es el marco mítico-simbólico de su particular mandala, su círculo argumental proviene de una referencia novelesco-cinematográfica: *The Razor's Edge* (1944), novela de William Somerset Maugham, llevada al cine por Edmund Goulding (1946), con Tyrone Power, Gene Tierney y Anne Baxter, y por John Byrum (1984), con Bill Murray, Theresa Russell y Catherine Hicks. En efecto, en tan conocida historia, su protagonista, hastiado de la primera guerra mundial y de la frívola sociedad resultante, va en busca de sí mismo y de la iluminación integral a la India, donde la obtiene de un maestro hindú que le menciona un pasaje de *Katha Upanishad*: «Arduo hallarás pasar sobre el filo de la navaja y penoso es, dicen los sabios, el camino de la salvación», mensaje que se convertirá en auténtico *leitmotiv* en *AGNI INGA GANI* de Josefina Aguilar.

El escritor británico William Somerset Maugham, que nació y vivió en París y que falleció en Niza, conoció bien Francia y la India, donde situó varias de sus obras, entre ellas la aquí llamada *El filo de la navaja*, cuyos protagonistas son norteamericanos: Lawrence Darrel, Larry, que se mueve entre los dos mundos citados y entre dos mujeres, la pragmática y maquiavélica Isabel y la tierna y

humana Sophie: «Larry camina por el filo de una navaja». Es por esto que en el mandala de *AGNI INGA GANI* se cruzan los caminos de París y de la India, en un contrapunto de voces que atan al subconsciente personal de su creadora y al inconsciente colectivo representado por Nachiketa. Se trata aquí pues de un mandala complejo, cruzado y laberíntico, cuyo recorrido es tanto una aventura para quien lo ha escrito como para quien lo lea, pero el final es circular, pues termina con el mantra inicial, como una pescadilla que se mordiese la cola: «Muerde la luz azul la herida llaga del aire».

El mandala poético de Josefina Aguilar equivale al *bhavacakra* del hinduismo, pues representa simbólicamente el *samsara*, es decir, la existencia cíclica, incluso, tal como se encuentra en las paredes de templos y de monasterios budistas tibetanos, toda una especie de rueda de la vida con la que esta obra guarda verdadera homología estructural. No en vano el principal elemento configurador de ambos es la imagen: pintada, la primera; escrita, la de este poema.

Prosigue así esta autora su propia senda iniciada con *Overbooking en el paraíso* (2016) con abundancia de imágenes y visiones, de metáforas y de prosopopeyas, en feliz encuentro particular de barroquismo, expresionismo y surrealismo irracionalmente visionarios. Pero sorprende ahora el filosófico y ético universo mental al que remite, así como el posromántico argumento que describe y reescribe. Y al igual que Borges demostró narrativamente que cualquier cosa es todas las cosas, como el *zahir* o el

*aleph*, Josefina Aguilar muestra poéticamente en *AGNI INGA GANI* que cualquier sentimiento o que cualquier persona puede ser todos los sentimientos y todas las personas.

En el último verso «la voz azul» se impregna del color dominante en todo el libro, que parece estar escrito con la tinta de la duda que se disuelve en el cielo. «En la llama me llamo de matri-ces», concluye el sujeto lírico final, tras su iniciática ascensión espiritual, al límite de la germinal trascendencia, tras atravesar precisamente «la llama azul»: «No reposo en lo que asciende». Tampoco lo hará quien se aventure a leer *AGNI INGA GANI* de Josefina Aguilar.

CLAUDIO RODRÍGUEZ FER  
Poeta y director de la Cátedra  
Valente de Poesía y Estética



AGNI INGA GANI

Mantra en el óvalo de la luz

AGNI INGA GANI

Mantra en la diáspora de trazar los límites del fuego

AGNI INGA GANI

El fuego arde dentro de la llama

Se refleja la llama a sí misma en la duda

De devorarse en el similar asombro de la huida

AGNI INGA GANI

Muerde la voz azul la herida llaga del aire



La duda lenta de Larry.  
Frente al vientre del cosmos  
en la noche de sonámbulos  
festejan el álgebra rota de un espejo de ciegos.  
La trinchera de un nuevo mundo  
en el perfil de un muro.

Esta es la noche antes de la última noche.  
Las luces que surgen de la boca de Dios  
traen una canción que sólo escucha el vencido:  
*Arduo hallarás caminar sobre el agudo filo...*

Vigiláis vuestrlos hombros ante el polvo de estrellas  
y pasáis la mano limpiando la bendición de vuestra obediencia.  
Aunque recitan los párpados  
la mansedumbre temible del día que vendrá,  
aunque despedís la sombra del baile  
y no dejáis en la copa queja de vino,  
inclináis sobre mañana la niebla de vuestro destino.  
Habéis dejado lejos el salón de los que danzan espectros.  
Uno entre cuatro lleva las redes extraídas del mar.  
Uno entre tres se viste de resina con costura de sal.  
Uno entre dos se mirará al espejo.  
Uno entre uno cruzará su reflejo.

Larry en el centro.

Mañana ya tu cuello que hoy es filo  
estará cubierto de trincheras  
y estarás dividido entre el recuerdo y el olvido.

La noche celebra que hoy es el último momento de ayer.  
Que la explosión de luces es la inclemencia de Brahma  
sobre vuestros cuatro nombres de piedra.

Tú te dejas acariciar por el nudo de una cuerda.

Ellas recuestan sus cabezas de futuro sobre tu hombro  
que es gentil, hostil. Un regalado océano que desechas.

Tú sigues al borde de tu índice  
posando los ojos pretéritos  
en la huella de dígitos de tu yema lunar.

Contemplas que hay alguien destrozando la noche,  
una colmena de arena en la miel de Andrómeda.

Un laberinto de hidrógeno que te respira.

Contemplas esa destrucción que celebra  
y comprendes que la noche se destruye  
moviendo la sombra hasta tu pena.

Haces crucigramas con las estrellas  
hasta dar con el nombre que no encuentras.

Ellas, que reposan sus cabezas  
sobre el agua de tu hombro hundido,  
calculan tu inocencia.

Tú, que llevas a tu espalda la barba de tres días,  
sigues puliendo la longitud del infinito oscuro.

No te avisas del peligro.  
No te sabes atrapado.  
Te crees amado en el filo.  
Amado en el peligro de la suerte.  
Y te complaces viéndote correr entre las bombas que vendrán.  
Has decidido un héroe en la geografía de un límite.  
Crees que decir adiós es vestirte para un homenaje futuro.  
No presientes la boca del vacío en esta puerta.  
Te han entregado el uniforme del cielo  
con todos los pliegues de haber doblado la luna  
y en esta última noche junto a ellas  
estiras los bolsillos de la incómoda nocturnidad de tu inconsciencia.

Larry se viste de héroe  
porque tiene dos columnas de marfil en carne viva:  
a su izquierda. A su derecha.

Larry se viste de héroe  
porque ellas lo atrapan en el estrecho lugar de su sombra.  
Larry se desnuda. Desplaza su máscara de azufre  
y la pone sobre el rostro de Isabel.  
Larry se desnuda y pone su máscara de hielo  
sobre el rostro de Sophie.  
Este es el beso del héroe que sigue colgado de su índice de cielo.  
Este es el beso del héroe que no sabe que huye.  
Isabel y Sophie se miran por primera vez.